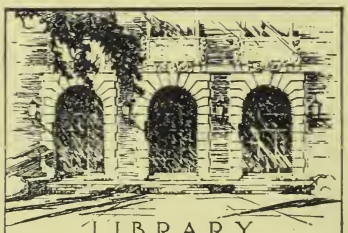

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

863T23
Opr 1909

MODERN LANGUAGE
LIBRARY

Este VOLUMEN contiene las siguientes obras teatrales :

LA PRUDENCIA EN LA MUJER
Comedia de Tirso de Molina

LA VERDAD SOSPECHOSA
Comedia de Ruiz de Alarcón

EL SI DE LAS NIÑAS
Comedia de Leandro Fernández Moratin

EL DELINCUENTE HONRADO
Drama de G. Melchor de Jovellanos

LA DISCRETA Y LA BOBA
Sainete de Don Ramón de la Cruz

LOS AMANTES DE TERUEL
Drama de Juan Eugenio Hartzenbusch

EL CUARTO MANDAMIENTO
Drama de Julio Nombela

LA MUERTE CIVIL
Drama de Giacometti

LA MASCOTA
Opera cómica-Música de Edmundo Audrán

LA VIUDA ALEGRE
Opereta - Música de Franz Lehar

SANGRE DE ARTISTA
Opereta - Música de Edmundo Eysler

LA PASTORA DE LOS ALPES
Drama - Versión española de F.Lombardía

CUATRO MUJERES EN UNA CASA
Comedia de Giacometti

TREINTA AÑOS o LA VIDA DE UN JUGADOR
Melodrama de Victor Ducange

EL CAMPANERO DE SAN PABLO
Drama -Versión española de F.Lombardía

Return this book on or before the
Latest Date stamped below.

University of Illinois Library

OCT 17 1963

NOV 7 1966

DEC 12 1966

JAN 1 1967

JUN 23 1966

MAY 4 1970

DUE 11-29

NOV 20 1988

JAN 31 1991

L161—H41

EL DELINCUENTE HONRADO

DRAMA EN CINCO ACTOS

DE

D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

LA DISCRETA Y LA BOBA

SAINETE

DE

D. Ramón de la Cruz.

MADRID

Casa editorial de "La Ultima Moda,,

Velázquez, 42, hotel.

1909.—Imprenta particular de La Ultima Moda.—Velázquez, 42, Madrid.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos nació en Gijón el año 1744, en el seno de una noble familia. Estudió Jurisprudencia y por sus merecimientos, después de haber desempeñado altos puestos en la magistratura, llegó á ser ministro ó secretario del Despacho del Rey Carlos IV. Fueron populares y son célebres su folleto *Pan y Toros*, la *Ley Agraria* y la única obra que escribió para el teatro *El delincuente honrado*, que reproducimos en este cuaderno. Noblemente liberal, fué objeto de persecuciones y permaneció algún tiempo desterrado de la Corte y recluído en el castillo de Bellver. Figuró en el grupo de los afrancesados, como todos los hombres de inteligencia é ilustración de su tiempo, y después de una vida empleada en el cultivo de las ciencias y las letras, y de procurar por todos los medios la regeneración moral, política y económica de España, triste su ánimo por los desengaños sufridos, se retiró á Gijón, donde la estimación de sus paisanos fué un lenitivo para sus sinsabores, y en su ciudad natal falleció el año 1810.

JOVELLANOS

EL DELINCUENTE HONRADO

PERSONAS: DOÑA LAURA, viuda del marqués de Montilla y esposa de don Torcuato. EUGENIA, criada de doña Laura. DON TORCUATO RAMIREZ. DON JUSTO DE LARA. DON SIMON DE ESCOBEDO, corregidor de Segovia. DON ANSELMO. DON CLAUDIO, escribano. DON JUAN, Mayordomo de don Simón. FELIPE, criado de don Torcuato. Un alcalde, dos centinelas, tropa y ministros de justicia.

La acción pasa en el Alcázar de Segovia.

ACTO PRIMERO

La escena representa el estudio del corregidor, adornado sin ostentación. A un lado se verán dos estantes con algunos librotes viejos, todos en gran folio y encuadernados en pergamino. Al otro, habrá un gran bufete y sobre él varios libros, procesos y papeles.

ESCENA PRIMERA

TORCUATO sentado acaba de cerrar un pliego, le guarda y se levanta con semblante inquieto.

TOR. No hay remedio; ya es preciso tomar algún partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descubrir... ¡Ay Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿Podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y no puedo sosegar un momento. (*Vuelve á sentarse; toma un libro, empieza á leer y le deja al punto.*) ¡Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo!... ¡Ah! ¿en dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... Pero Felipe viene.

ESCENA II

TORCUATO y FELIPE

FEL. Señor.

TOR. ¿Y D. Anselmo?

FEL. Viene al instante. ¡Oh, qué trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla, y di tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venía corriendo. Ya me volvía yo muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que dando una vuelta al otro lado se echó á roncar como un prior, con que me quité de ruidos, y con grandísimo tiento le fui poco á poco incorporando: le arrimé las calcetas, ayudéle á vestirse, y gracias á Dios le dejo ya con los huesos de punta.

TOR. Muy bien. ¿Y has sabido si tendremos carruaje?

FEL. ¿Carruaje? Cuantos pidáis. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa más de sobra en Segovia; pero como yo no sabia á donde era nuestro viaje, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid, tendremos retornos á docenas. El coche que trajo el alcalde de corte, aún no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah señor! (Me acuerdo ahora por el alcalde de corte) ¿no sabéis lo que hay de nuevo?... (*Torcuato nada responde.*) Acaban de traer á la cárcel á Juanillo el criado del marqués. (*Torcuato se inmuta.*) ¡Pobrete! ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafío de su amo. Pardiéz, el será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto.

TOR. (*Aparte.*) Ya el riesgo es más urgente... Felipe.

FEL. Señor.

TOR. Haz que mis vestidos se pongan en los baules; á Eugenia que te entregue toda mi ropa blanca, y date prisa, porque nuestro viaje es pronto, y durará algunos dias,

FEL. (*Aparte.*) Aqui hay algún misterio. (*Anda por el cuarto poniendo en orden los muebles, y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos).*

TOR. Aún no parece Anselmo... (*Sacando el reloj.*) Las siete y cuarto. ¡Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

FEL. (*Sin dejar su ocupación.*) ¿Tan recién casado hacer un viaje?... ¡El está tan triste!... ¿Qué diablos tendrá?

TOR. Acaso juzgará intempestiva mi resolución. ¡Ah! no sabe toda la aflicción de mi alma.

FEL. (*Mirando á su amo.*) ¡Tiene un genio tan reservado!...

TOR. Ya parece que viene.

FEL. No quiero interrumpirlos.

TOR. Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si alguien me buscare, que no estoy en casa, y si don Simón preguntase por mí, que estoy escribiendo.

ESCENA III

ANSELMO y TORCUATO

ANS. A fe, amigo mio, que me has hecho bien mala obra. ¡Dejar la cama á las siete de la mañana!... Hombre, no lo haria ni por una duquesa. Mas tu recado fué tan ejecutivo... (*Después de alguna pausa*). Pero Torcuato, tú estás triste... Tus ojos... Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

TOR. En mi dolor apenas he tenido ese pequeño desahogo.

ANS. ¿Desahogo? ¿Las lágrimas?... No lo entiendo. ¿Pues qué, un hombre como tú no se correría?...

TOR. Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazón, ¡desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!

ANS. Como quiera que sea, yo no te comprendo. Torcuato, tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos dias á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? ¿Cuando debieras... Hombre, vamos claros: ¿quieres que te diga lo que he pensado? tú acabas de casarte con Laura, y por más que la quieras, tener una mujer para toda la vida: sufrir á un suegro viejo é impertinente: empezar á sentir la falta de la dulce libertad, y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un joven

graves motivos de tristeza; y vé aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mío, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte, Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho; y tú que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo, (*Viendo que no le responde.*) Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras: goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio, que ya llegará el día en que cada cual tome su partído.

TOR. ¡Ay Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo: yo las voy á perder para siempre.

ANS. ¿A perderlas? ¿pues qué?... ¡Ah! (*Dándose una palmada en la frente*). Ahora me acuerdo, que tu criado me dijo no sé qué de un viaje... pero yo estaba tan dormido...

TOR. Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

ANS. Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo?: mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo: dí lo que quieres, y si es preciso...

TOR. Ya sabes que fuí autor de la muerte del marqués de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

ANS. Es verdad; pero en cuanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes también cuanto hice con Juanillo, el criado del marqués, para alejar toda sospecha; pues aunque sólo tenía algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo el marqués de la Fuente, está encargado de observar sus pasos. No, lejos de pensar en tí ese bribón, tal vez creerá... pero no hablemos de eso, porque no es posible...

TOR. ¡Ay Anselmo! ¡Cuánto te engañas! Ese criado está en las cárceles de Segovia.

ANS. ¿Cómo? ¿Juanillo? ¿Juanillo?... ¿Pero el marqués no me avisaría?...

TOR. Tal vez no lo sabe, porque todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de órden del rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aun no há seis días que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. El tomó por sí mismo informe y noticias: examinó testigos, practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo: despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El alcalde mayor, que previno esta causa, se afanó mucho al principio por descubrir el agresor; pero solo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar las requisitorias de estilo, cesó en la continuación del sumario, y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafío estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas de duelos, las instancias de los parientes del muerto, y la cercanía de esta ciudad al Sitio, interesaron al gobierno en él, y de aquí resultó la comisión de este ministro, cuya actividad... ¿quién sabe si á la hora de ésta mi nombre?... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

ANS. Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... Y ¿quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso...

TOR. ¿Y piensas tú que cuando recurro á ella, lo hago por evitar el castigo? ¡Ah! en el conflicto en que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos! Pero si se descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simón, mi bienhechor, á quien ofendí tanto? La de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien después hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo

llené sus corazones de luto y desconsuelo: yo desterré de esta casa el gusto y la alegría; y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa, que, sin mi delito, gozaría aun del sosiego más puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mío; lejos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno, y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

ANS. ¡Ay Torcuato!, el dolor te enajena, y te hace delirar. ¿Qué quiere decir mi delito, mi perfidia, mis engaños? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marqués de Montilla: pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. El era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con tahures y mujercillas; después de haber disipado el caudal de su esposa pretendió asaltar el de su suegro, y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas, procuraste apartarle de tan viles intentos, y no pudiendo conseguirlo avisaste á su suegro para que viviese con precaución, pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrozmente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templarle: su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte; su genio violento le condujo á ella. Yo mismo vi que mientras el marqués como un león furioso buscaba tu corazón con la punta de su espada, tú reportado y sereno pensabas sólo en defenderte, y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio, ¿no me has dicho que don Simón, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tía doña Flora Ramírez, y cierto de tu inclinación á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? ?Y qué, después de lo que debes á esta familia, pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mío, no; tú tomarás el partido que te acomode, pero tu interior debe estar tranquilo.

TOR. (*Con viveza.*) ¿Tranquilo, después de haber engañado á Laura? ¡Eh! ¡su corazón no merecía tal perfidia! Yo la entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo; la ofrecí un alma señalada con el sello de la iniquidad, y la consagré una vida envilecida con el trato de este crimen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad y siervo de la ley. ¡Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista; no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

ANS. Amigo mío, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso, pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga?, ¿qué vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia?, ¿quieres?...

TOR. No, Anselmo; conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo, que me envíe noticias de mi esposa y se las dé de mi destino. No: porque pienso en ocultar á Laura mi resolución. No: este nuevo engaño me haría indigno de su memoria y de la luz del día. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separación, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algún modo mis antiguas reservas.

ANS. Pues bien, ¿y cuándo piensas?...

TOR. Después de comer. He pretextado un viaje de pocos días á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aún no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instrucción puntual conforme á mis intenciones y un poder general de que podrás valerte cuando llegue el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazón, procura consolarla... ¡Al ¡cómo podrá consolarse su alma desdichada!

ANS. (*Enternecido.*) Mi buen amigo, lejos de ti también yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Cuánto me duele tu amarga situación! ¡qué amigo!

¡qué consolador! ¡qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en afligirnos... En fin, cuenta con mi amistad y con el puntual desempeño de tus encargos. ¡Ah! si fuese capaz de mejorar tu suerte!

TOR. (*Abatido.*) El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio; y cuando acababa de labrarme una fortuna que me hacia cumplidamente dichoso, ¡quiere mi mala estrella!... Pero, Anselmo, no demos ocasión en la familia... Felipe vuelve... Aún nos veremos antes de mi partida.

ANS. Sí; tengo que volver á cumplimentar á ese ministro; entonces hablaremos. Adiós.

ESCENA IV

TORCUATO y FELIPE

TOR. (*Con serenidad.*) ¿Han preguntado por mí?

FEL. El señor don Simón, y con algún cuidado. Dijo que iba á misa y que volvía al instante. También preguntó mi ama: díjele que estabais con vuestro amigo.

TOR. (*Inquieto.*) ¿Cómo? ¿Pues no te previne?...

FEL. Vos no me previnisteis que callase...

TOR. (*Con seriedad.*) Anda á ver si hay algún coche para Madrid y ajústale para después de mediodía. ¿Entiendes?

FEL. Muy bien, señor. ¡Qué mal humor tiene!

ESCENA V

SIMON y TORCUATO

SIM. ¿Qué viaje es este, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viaje, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

TOR. Perdonad si no he solicitado antes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí aún dormía Laura, y por no incomodarla... Y sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

SIM. Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este ministro .. El gusta tanto de tu conversación...

TOR. En todo caso estoy pronto á complaceros: si os parece...

SIM. No, hijo mío, haz tu viaje y procura volver cuanto antes. Laura sin ti no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... A propósito: ¿qué te parece de este don Justo?

TOR. Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡Qué talento! ¡Qué humanidad!

SIM. Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros más duros, más enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fe que entonces era bien enamorado. Pero, hijo mío, si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!... ¡Oh, aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! ¡Cada uno era un Digesto vivo! ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entonces se ahorcaban hombres á docenas.

TOR. Habría más delitos.

SIM. ¿Más delitos que ahora? Pues ¿no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TOR. ¿Según eso habría menos conocimiento de las leyes?

SIM. ¿De las leyes? ¡bueno! ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas: míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en folio. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como los extranjeros, quieren también que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que sólo se trata de planes, métodos, ideas nuevas?... ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme, que hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislación sobre los duelos, necesitaba de reforma; y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite

un desafío, que al que le provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! ¡Cómo sino fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinión.

TOR. No por eso dejará de ser acertada. Los más de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíritu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

SIM. Pero hombre...

TOR. En los desafíos, señor, el que provoca es por lo común el más temerario, y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado, ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán y satisfarán su agravio según las leyes. Si no lo está, su provocación es un insulto insufrible; pero el desafiado...

SIM. Que se queje también á la justicia.

TOR. ¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, señor, es bien que todos debemos conservar, pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimación de los demás. La opinión pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafío, es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? La nota que le impuso la opinión pública, ¿podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera, pero sé también que sin él no puede subsistir una monarquía, que es alma de la sociedad, que distingue las condiciones y las clases, que es principio de mil virtudes políticas, y en fin, que la legislación, lejos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

SIM. ¡Bueno, muy bueno! discursos á la moda y opinioncitas de ayer acá; déjalos correr y que se maten los hombres como pulgas.

TOR. La buena legislacion debe atender á todo sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Después de conseguido se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura. Pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una acción que se tiene por honrada.

SIM. Según eso al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias. ¿No es verdad?

TOR. Si fué injustamente provocado: si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes; si sólo cedió á los ímpetus de un agresor temerario, y á la necesidad de conservar su reputación, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfacción de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá menos desafíos, ó ninguno, y cuando los haya, no reñirán entre sí la razón y la ley, ni vacilará el ánimo del juez sobre la suerte de un desdichado,.. Pero, señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

SIM. Sí, sí; vamos allá. (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? ¡No! ¡don Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso es menester confesarlo; él es activo como un diablo. (*Yéndose.*)

ESCENA VI

TORCUATO

(*Paseándose.*) En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansión que ha sido en algún tiempo teatro de mis dichas, y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que le habitan! Errante y fugitivo, tus lágrimas, oh Laura, estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oídos! ¡Alma inocente y celestial! ¡Cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba, ni te merecía; y ahora vas á perder otro que te idolatra, pero que te merece menos, pues te ha conseguido por medio de un engaño! (*Después de alguna pausa.*) ¿Y á dónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿donde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imágen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

SIMÓN, TORCUATO y EUGENIA. La escena representa una sala decentemente adornada. A un lado estará Laura haciendo labor: á alguna distancia Torcuato con aire triste, y extremadamente inquieto: Eugenia, en pie, detrás de la silla de su ama; y Simón se pasea por el frente de la escena.

SIM. Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos días?

TOR. El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas, y gastan tantas formalidades...

SIM. ¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAU. (*A Eugenia.*) ¿Están ya compuestos los baules?

EUG. Sí señora, ya están cerrados, y Felipe ha recogido las llaves.

LAU. ¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUG. Toda la de mi señor.

LAU. (*Con alguna admiración.*) ¿Toda?

EUG. Felipe me lo dijo.

TOR. Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAU. ¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... Todo me inquieta!

TOR. (*Mirándola.*) ¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! Si supiera la noticia que le preparo!

SIM. (*Siempre paseándose.*) Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas. ¡Oh! La corte quiere que se hagan las cosas á galope tendido. (*Mirando á Laura y Torcuato.*) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recién casados.

TOR. (*Con inquietud.*) Si este hombre no se va, yo no podré decírselo.

SIM. Laura, ¿qué es eso? Tú estás triste. También lo está Torcuato. ¿Qué? ¿un viajecillo de pocos días puede turbar vuestro buen humor?

TOR. Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los aflige.

LAU. (*Con énfasis.*) Añadid al que se queda la incertidumbre, y vereis cuánto es más justo su dolor.

SIM. ¡Bueno! ¡lindo! no lo dijeran mejor dos amantes de Calderón. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode, que harto tiempo os queda para vivir juntos.

TOR. (*Ap.*) ¡Pluguiera al cielo!

SIM. (*A Laura.*) Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

LAU. (*Mirando á Torcuato con ternura.*) Sólo quiero que vuelvas pronto.

TOR. ¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

ESCENA II

Dichos y JUAN

JUAN (*A Simón.*) Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar; ha hecho no sé qué prisiones...

SIM. (*Siempre paseándose.*) Algunos raterillos, ¿eh?

JUAN Dice que son gitanos.

SIM. Eso es peor, dile que voy allá... Pero mira: que antes avise á mi alcalde mayor, y que luego vuelva. ¡Gitanos! .. ¡Fuego!

JUAN (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! señor... También ha estado aquí aquel don Vicente...

SIM. ¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

JUAN Que estábais ocupado.

SIM. Lindamente. El sólo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer más que atender á su pleito.

TOR. (*Ap. Juan se va.*) ¡Infeliz! ¡Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia!

ESCENA III

Dichos y FELIPE

FEL. (*A Torcuato.*) Ya está ahí el carruaje, señor.

LAU. ¡Tan temprano! Aun no hemos comido.

SIM. Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TOR. (*A Felipe.*) Haz que entretanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. (*Se va Felipe.*)

ESCENA IV

Dichos y JUAN

JUAN El señor don Justo envía á decir, que si acaso no está aquí al mediodía no se le aguarde á comer.

SIM. Pardiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho; si acaso viniere, que me avisen, y si tardare demasiado, que nos dén de comer.

LAU. (*A Eugenia.*) Vé tú, Eugenia, á disponer lo que te tengo prevenido, y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

ESCENA V

TORCUATO y LAURA

LAU. (*Mirando á Torcuato.*) Al fin nos han dejado sólos: veamos lo que dice.

TOR. (*La mira, levanta los ojos al cielo y suspira.*) ¡Ah!

LAU. ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas. (*Con serenidad.*) Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto: yo lo conozco en tu semblante, y no sé como una ausencia de tan pocos días, y que por otra parte es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TOR. (*Se levanta mirando á todas partes.*) ¡Ah! ¿Cómo se lo diré?

LAU. (*Asustada.*) Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspiras? ¿Nada me respondes? (*Levantándose.*) Querido esposo...

TOR. (*Con pasión.*) ¡Ah! ¡Laura!

LAU. (*Con blandura.*) Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfías de tu esposa? Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

TOR. ¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no; jamás mi corazón te ha querido con más ardor, ni con mayor ternura.

LAU. (*Con inquietud.*) Pues bien, ¿qué es lo que te aflige?

TOR. (*Con extremo dolor.*) El temor de perderte.

LAU. (*Con sobresalto.*) ¿De perderme?

TOR (*Como arriba.*) Sí, Laura mía, y de perderte para siempre.

LAU. (*Asustada.*) ¡Oh Dios! ¡Qué oigo!

TOR. Mi corazón, querida esposa, no siente sus tormentos, es muy digno de los que sufre, y de los que le aguardan. Pero la aflicción que te preparo... ¡Ah, esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAU. (*Con resolución.*) Ahora bien, Torcuato, el cielo por rumbos muy extraños me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oído, que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte algunos de mis cuidados, creería faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro: descúbreme tu alma, y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TOR. Sí, Laura mía: voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen; y, ojalá mi corazón les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora. Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe, que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡Cuánto dolor me cuesta el afligirte!

LAU. (*Sobresaltada.*) Mi alma se estremece al escucharte.

TOR. Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vastas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable; el soberano ha empeñado su augusto nombre en esta pesquisa; tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre; y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la misma memoria de tu primer amor. Pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido en todas partes... soy yo mismo.

LAU. (*Cae sobre su silla.*) ¡Oh, cielo!

TOR. Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y, sin embargo, viviría tranquilo si no mereciese serlo también de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situación, hice á tu alma inocente el más atroz

agravio, y esto sólo me hace digno de los mayores suplicios. No: la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo nos es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa: yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAU. (*Con sumo abatimiento.*) Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TOR. (*Con despecho*). Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No, mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y á esconder mi vida detestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reina siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! lejos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio más duro y más terrible que la muerte misma.

LAU. (*Abatida.*) Buen Dios, ¡por qué delito castigas á esta desdichada!

TOR. ¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo que está envenenando tu corazón, y llenándole de amargura. ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo menos si después de perderla conservase su estimación..,

ESCENA VI

Dichos y FELIPE

FEL. (*Asustado.*) Señor, señor...

TOR. ¿Qué? ¿qué quieres?

FEL. Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar. Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. También me vió su merced, y me dijo al paso: Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.

TOR. (*Con notable admiración y susto.*) ¡Oh, Dios! qué golpe tan terrible!

FEL. Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor marqués, y que Juanillo lo ha declarado.

TOR. Bien está; vete. (*Se va Felipe.*)

ESCENA VII

TORCUATO y LAURA

TOR. (*Resolviéndose, después de una gran pausa.*) No; yo no sufriré que padezca un momento por mi causa El está inocente, y voy á socorrerle.

LAU. (*Deteniéndole.*) ¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin exponer tu vida?

TOR. Pero, Laura. ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré arrestado, deshonrado, y tenido por delincuente sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no; voy á delatarme, á librar su preciosa vida, y á morir, pues sólo soy digno de este infortunio.

LAU. ¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasión de esta infeliz. Don Anselmo está inocente; el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

TOR. No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro cariz, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traición al más honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazón; es incapaz de descubrirme. y antes correrá mil veces á la muerte que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida: no, Laura mía, tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo; á poner en salvo su vida y su reputación; y, en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

ESCENA VIII

LAURA, sentada y muy afligida.

Yo no sé dónde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazón de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! Aun no há dos horas que gozaba de la dicha más pura; y ahora, rodeada de aflicciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio... ¿Era indigno mi corazón de tu confianza? ¡Ah! ¡si conocieras la ternura con que te ama!... Pero yo soy injusta; tú me amabas tambien; temías perderme; y un exceso de amor te hizo conmigo delincuente... ¿Y sufriré que tu vida en tan urgente riesgo se vea? (*Levantándose.*) No; corro á defenderte... (*Deteniéndose.*) ¿Y á quién acudiré con mis lágrimas? Mi padre... ¡Ah! ¿Podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo? (*Con resolución.*) ¿Pero este mismo no es mi esposo también? Si; ya reconozco mi primera obligación. (*Viendo á su padre.*) Padre.

ESCENA IX

SIMON y LAURA

SIM. (*Desde la puerta.*) ¡Vaya, vaya que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesús! ¡Jesús! Estoy aturdido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al marqués. ¿Quién lo creyera? Sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fé que no le arriendo la ganancia. Ya, ya el amigo don Justo le dirá cuántas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. ¿Qué? no hay más que andarse matando los hombres por frioleras, y luego disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: ¡La razón! ¡la humanidad! ¡la naturaleza! Bueno andará el mundo cuando se haga caso de estas cosas. Pero don Justo...

ESCENA X

Dichos, JUSTO y el escribano

JUS. (*Al escribano, en el fondo.*) Don Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva después de las dos.

ESC. Señor, las doce han dado ya.

JUS. Y bien; ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo. (*El escribano pasa con los papeles á un cuarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza.*)

SIM. (*Viéndolo pasar.*) ¡Eh! Yo apuesto á que no va contento. Este bribón querrá trabajar poco, y que la comisión dure mucho... Sí, á mí con esas.

ESCENA XI

JUSTO, SIMON y LAURA

JUS. (*Acercándose.*) ¡Quién podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descanso!

SIM. Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

JUS. Sí, amigo; pero se ha adelantado poco.

SIM. ¡Poco! ¿Pues no habeis atrapado dos reos, que se escaparon á la penetración de mi alcalde mayor?

JUS. Cierto es; pero si no me engaño, aún estamos muy lejos de la verdad. (*A Laura.*) Señora, ¿por qué estais tan triste?

LAU. ¿Qué?...

SIM. No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

ESCENA XII

Dichos, TORCUATO y FELIPE

FEL. (*A su amo, en el fondo.*) ¿Conque les digo que se vayan?

TOR. Sí: págales el día, pues ya no los necesito.

FEL. Jamás le ví tan impertinente. (*Se va Felipe.*)

SIM. ¿Pues qué, Torcuato, ya no te vas?

TOR. No, señor; no puedo desamparar á mi amigo.

JUS. Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiría esta ausencia

á la incomodidad de mi hospedaje; pero tengo de vos mejor opinión.

TOR. Señor, las personas de vuestro mérito, lejos de incomodar, hacen dichoso á cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obligaba á pasar á Madrid; pero vos me habeis detenido arrestando á un amigo, á quien no puedo desamparar.

JUST. Siempre me es apreciable vuestra compañía; pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho; y la amistad con que le honráis no es lo que menos me interesa en su favor.

TOR. Nunca tendréis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasión: pues además de sus buenas cualidades, tiene para merecerla, la de ser inocente. *(Al oir esto se inmuta Laura.)*

JUST. Así lo espero. Su semblante, su compostura, y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafío y muerte del marqués, y esto no se lo perdonarán las leyes.

SIM. ¡Oh! Cuando lo sabe, y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juzgar á los hombres por sus semblantes: reos he visto yo que parécian unos santos, y eran peores que Barrabás.

TOR. No es Anselmo de ese número: ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazón. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permita el honor y la justicia.

JUST. *(Ap.)* ¡Qué juicio! ¡qué compostura! No he visto mozo más cabal.

ESCENA XIII

Dichos y JUAN

JUAN *(En el fondo.* Señores, la sopa está en la mesa.

SIM. ¡Santa palabra! Vamos, vamos á comerla antes que se enfríe, que lo demás lo descubrirá el tiempo.

ESCENA XIV

TORCUATO, muy pensativo y paseándose.

En fin, ya no hay recurso... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!... Si se obstina en callar, sufrirá todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura... *(Horrorizado.)* ¡La tortura!... ¡Oh, nombre odioso! ¡nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad, y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchen aun entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... ¿Pero sufriré yo que por mi causa?... No. El honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo seria digno de ella, si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte más dichosa, perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

ACTO TERCERO

La escena representa lo mismo que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA

JUSTO, SIMON y TORCUATO

JUST. Sí, señor don Torcuato: quien sabe de los autores de un delito, debe esta triste noticia á la causa pública, y á la seguridad de los demás. Las leyes no pueden castigar los delitos si antes no los prueban. ¿Y cómo los probarán, si miran con indiferencia la ocultación de la verdad? Así que don Anselmo podrá estar inocente en cuanto al desafío; pero él contesta haber gratificado al criado del marqués, enviándole á Madrid, y manteniéndole á su costa hasta el dia; y esto supone que tiene noticia dé la ejecución, y aun del autor del delito. Os aseguro que esto mismo excita mi compasión hacia él, pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algún otro.

SIM. Allá se las avenga; si no quiere padecer, que cante de plano. Tú, hijo mio, ya has abogado bastante en su favor: deja ahora que el señor don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

TOR. *(A Simón.)* También sé yo lo que me toca hacer por un amigo de

cuya inocencia estoy seguro. *(A Justo.)* ¿Y habrá algún inconveniente en que yo le hable?

JUST. No os lo permitirán sin orden mía: pero os la daré, y no habrá embarazo. (*Justo se acerca á la mesa, escribe un papel, le entrega á Torcuato y este se retira. Viendo ir á Torcuato.*) ¡Cuánto me compadece! La suerte de su amigo le tiene inconsolable. ¡Qué corazón tan honrado!

ESCENA II

JUSTO y SIMON

JUS. (*Paseándose.*) Mucho me agradan, señor don Simón, el juicio y los talentos de este mozo. La señora Laura será muy dichosa en su compañía.

SIM. ¡Oh! ella está loca de contenta. Es verdad que salió de un marido tan malo... El marqués era un calaverón de cuatro suelas. ¡Qué malos ratos dió á la muchacha! ¡y qué pesadumbres á mí! A los ocho días de casado ya no hacía caso de ella, y á los dos meses no tenía del dote ni dos cuartos. Ahí nos engañaron con que sus parientes eran grandes señores en la Corte, y nos hicieron creer... ¡Eh! palabrotas de cortesanos, que se llevó el viento. ¡Oh! Torcuato, Torcuato es otra cosa. ¡Qué mujer era su tía! Yo la conocí mucho en Salamanca. A su muerte le dejó una corta herencia: porque siempre le quiso como si fuera su hijo; y aun hubo malas lenguas... Pero era muy virtuosa: Dios la tenga en descanso. En fin, las locuras del marqués me dejaron harto de señoritos: con que, por no tropezar con otro, viendo que Laura quedaba viuda y niña, y que Torcuato la tenía inclinación, se la ofrecí, sin esperar que él la pidiese, y hoy viven ambos dichosos y contentos.

JUS. ¿Y no pensais en darle algún destino?

SIM. Destino, no señor; soy ya muy viejo, mañana ó esotro me moriré, les dejaré cuanto tengo, y con ello podrán vivir sin quebraderos de cabeza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los hombres de empleo no sosiegan un instante. Yo no sé cómo pretenden los que tienen con qué pasar. Y luego se premia tan mal...

JUS. Señor don Simón, para el hombre honrado la satisfacción de servir bien es el mejor premio.

SIM. ¿Y os parece que lo alcanzan los que sirven mejor? No por cierto. Hasta el crédito y la buena fama se reparte sin ton ni son. ¡Ah, señor, vos no conoceis todavía el mundo! Antiguamente era otra cosa; pero hoy se juzga sólo por apariencias. Todo consiste en un poco de maña y de ingenio. Los hombres honrados por lo común son modestos; pero los pícaros sudan y se afanan por parecer honrados; con que pasa por bueno, no el que lo es en realidad, sino el que mejor sabe fingirlo.

JUST. En todo caso, el hombre de bien después de haber cumplido con sus deberes, vivirá contento, y la injusticia de los que le juzguen no podrá quitarle su tranquilidad que es el más dulce fruto de las buenas acciones.

ESCENA III

Dichos y ESCRIBANO

ESC. (*A la puerta.*) Señor, las dos han dado.

JUST. Bien está. (*A Simón.*) Yo trataré de volver á buen tiempo para haceros la partida.

SIM. Señor, vos trabajais mucho, y á malas horas: cuidad más de vuestro descanso, que al cabo de la jornada sale más bien librado el que se incomoda menos.

JUST. Este hombre tiene muy buen corazón, pero muy malos principios. (*El escribano entra y vuelve á salir con los papeles que dejó en el acto anterior. Con él sale un criado, que entrega á Justo bastón, sombrero y espada; y se van.*)

ESCENA IV

SIMON

¡El hombre no sosiega! ¡Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo! ¡Fuego de Dios! El que cogiere debajo no se le ha de escapar á dos tirones.

ESCENA V

LAURA y SIMON

LAU. (*Asustada.*) ¿Señor, habéis visto á Torcuato?

SIM. Poco há que salió de aquí. ¿Pero que tienes, muchacha? ¿Por qué vienes tan asustada? ¿Tú has llorado?.,. ¿Eh?

LAU. ¡Ay, padre!

SIM. ¿Por qué? ¿Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viaje andas tan alborotada y tan triste, que no te conozco, y el otro desde que prendieron á su amigote anda también fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va... Aquí estuvo charlando una hora con don Justo sobre las cosas de don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

LAU. (*Más asustada.*) Y qué, ¿le habeis dejado ir?

SIM. (*Sereno.*) ¡Dejado! ¿Por qué no?

LAU. ¡Ay, padre, yo temo una desgracia!

SIM. (*Cuidadoso.*) ¿Una desgracia? ¿Cómo?...

LAU. ¡Ah! no ha querido oirme... Sin duda se complace en hacerme desdichada... Tal vez á la hora de esta...

SIM. Pero muchacha... (*Viendo á Felipe que entra corriendo y lloroso*) ¿Otra tenemos?

ESCENA VI

Dichos y FELIPE

FEL. (*Sollozando.*) ¡Ay, señor, qué desgracia! ¡Quién creyera lo que acaba de suceder!

SIM. ¿Pues qué?... ¿Qué hay? ¿Qué traes? ¡Jesús! Hoy todos andan locos en mi casa.

FEL. Señor, yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al señor don Anselmo, cuando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que quería hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una orden del señor don Justo, y le dieron entrada. Al punto corre hacia su amigo, le abraza, y sin reparar en los que estaban presentes: «Anselmo, le dice, yo vengo á librarte: no es justo que por mi causa padezcas inocente.» Don Anselmo, que conoció su idea, procuró contenerle para que callase, le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo, desatinado y como fuera de sí, proseguía diciendo á voces, que él había dado muerte al señor marqués. A este tiempo entra el señor don Justo, á quien mi amo repite la misma confesión, intercediendo por su amigo y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razón el escribano, y ya quedan examinándolos. Don Anselmo quería persuadir al juez de que él sólo era el reo; pero mi amo se afligió tanto é hizo tantas protestas, que le obligó á desdecirse. El señor don Justo queda sorprendido sobremanera; su amigo confuso é inconsolable, y hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban como unas criaturas ¡No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo!...

LAU. ¡Ah, mi corazón me anunciaba esta desgracia, padre mío!

SIM. (*Paseándose muy aprisa.*) ¡Yo no sé dónde estoy!... ¿Qué Torcuato?... ¿Mi yerno?... No, no puede ser... Felipe, ¿estás bien seguro?

FEL. ¡Ay, señor, ojalá no lo estuviera! Por señas que antes de apartarse de nuestra vista me dijo: corre, querido Felipe, dila á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego, me restituya su gracia, y moriré contento.

LAU. ¡Qué le restituya mi gracia!... ¡Ah, si pudiera salvarle á costa de mi vida! ¡desdichada de mí!... ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¡Querido padre! ¿Vos me abandonais en este conflicto? ¿Cómo no volamos á socorrerle?

SIM. No, hija mía, yo no lo creo aún. ¿Qué? ¿tu marido? Torcuato? No, no puede ser... ¿Cómo es posible que nos engañara?... (*Después de una larga pausa.*) Pero si es cierto, si ha sido capaz de una superchería tan infame: no, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela; antes seré el primero que clame por su castigo... ¿Pues qué? Después de haberle hospedado y

protegido; de haberle agregado á mi familia y tenídole en lugar de hijo, habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios, y de engañarme de esta suerte... Pero no, no puede ser... yo no lo creo... El es allá medio filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una acción generosa.

LAU. No, señor; ya es tiempo de hablar con claridad; su delito es cierto: el mismo me lo ha confesado.

SIM. (*Muy enojado.*) ¿El te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oirlo? ¡Pícaro engañador! Llenar de aflicción la familia donde estaba acogido; asesinar al que yo tenía en lugar de hijo; aspirar á la mano de su misma viuda,. y lograrla por medio de un engaño!... No, Laura; él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que le he hecho

LAU. Padre mío, estoy muy segura de su inocencia: no, Torcuato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta... Sobre todo, señor, él es mi esposo y debo protegerle: vos sois mi padre y no podéis abandonarme. (*Simón continúa paseándose sin ceder de su enojo.*) Pero si vuestro corazón resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los pies del señor don Justo: su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas, le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo; y si no pudiere salvarle moriremos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

SIM. (*Más aplacado.*) Laura, Laura... Yo no sé lo que me pasa: tantas cosas como han sucedido en solo un día me tienen sin cabeza... ¿Y qué? ¿qué puedo hacer en su favor, aunque quisiera protegerle? No: su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes: su juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

LAU. ¿Con qué todos me abandonarán en esta tribulación? ¿Y vos también, padre cruel, queréis ver á vuestra hija reducida á nueva y más desamparada viudez? ¡Almas sin compasión! Las lágrimas de una desdichada .. Pero no importa; yo sola correré... (*Quiere irse y se detiene viendo á Anselmo*)

ESCENA VII

Dichos y ANSELMO

LAU. ¡Ay don Anselmo! Ya lo sabemos todo.

ANS. Señora, no soy capaz de explicaros cuánta es mi aflicción ¡Generoso amigo!... ¡Con cuánto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el más terrible riesgo... No; yo no puedo abandonarle en esta situación; desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. Si fuere preciso iré á los pies del del rey... Pero, señor... (*A Simón.*) No perdamos tiempo: juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas...

LAU. (*Con eficacia.*) Sí, padre mío; él está inocente y es muy digno de vuestra protección. ¡Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

SIM. Pero, señores, lo que yo no puedo comprender es, por qué este hombre nos calló su situación. Al fin, si me lo hubiera dicho, yo no soy ningún roble... Pero haber callado... haberse casado...

ANS. ¡Ay, señor! él es muy disculpable; el amor que profesaba á Laura, y el temor de perderla, le alucinaron. Creedme, señor don Simón, yo era testigo de todos sus secretos. Apenas se celebraron las bodas, cuando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazón, y en sus angustias lo que más le afligía era el temor de perder á Laura, y de disgustar á su bienhechor.

LAU. ¡Esposo desdichado! Yo no te merecía.

SIM. (*Enternecido*) ¡Pobrecita!... Sosiégate, hija mía, y no te abandones al dolor con tanto extremo. Sus lágrimas me enternecen... (*Viendo á Justo*) ¡Ah! ¡señor don Justo!

ESCENA VIII

Dichos y JUSTO

JUS. (*En el fondo de la escena.*) ¡Cuán graves y penosas son las pensiones de la magistratura!

LAU. (*A Justo.*) ¡Ay, señor, si pudiesen

las lágrimas de una desdichada!...

JUS. ¡Qué terrible conflicto! Yo he traído la tribulación al seno de esta familia. (*A Laura.*) Señora, la virtud y generosidad de don Torcuato excitan mi compasión aún más eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo más interesado en favor suyo de lo que podéis imaginar. Sosegaos, pues, y confiad en la Providencia, que nunca desampara á los virtuosos.

SIM. ¡Ay, señor don Justo! ¿Quién nos diría que vuestro amigo y mi yerno era el delincuente que buscábamos?

JUS. ¡Ah! no podré yo explicar la turbación que causó en mi alma su visita al llegar á la torre. La presencia de don Anselmo lleno de prisiones, le tenía fuera de sí, y apenas me vió, cuando empezó á clamar por su libertad con un ardor increible; pero no bien le miró libre, cuando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesión se mantuvo tranquilo y reposado: respondió á los cargos con serenidad y con modestia; y aunque conocía que su delito no tenía defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dejó de confesarle con toda claridad. La verdad pendía de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entretanto estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecía haber pasado al corazón del Juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto, ciertas ideas concurrieron á alterar mi interior... ¡Qué ilusión! (*A Laura.*) Pero, señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros ímpetus del dolor. Señor don Simón, no la abandonéis en situación en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que afligía su buen corazón.

LAU. ¡Desventurada!

ANS. ¡Ah, mi buen amigo!

SIM. Sí, hija, vamos á pensar en tu alivio, y cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien. (*Yéndose*) ¡Este don Justo es un ángel! Otros jueces hay tan desabridos, tan secos... No he visto otro por el término.

JUS. (*Profundamente pensativo.*) La fisonomía de don Torcuato... el tono de su voz... ¡Ah, vanas memorias! ¡Pero es forzoso averiguarlo!

ESCENA IX

JUSTO

«Enterado el Rey de que las ave»riguaciones hechas últimamente »en la causa del desafío y muerte »del marqués de Montilla, en que »usted entiende de su orden, han »producido la prisión del sirviente »del mismo marqués, que se ha»llaba prófugo en Madrid; y de »que con este motivo se espera »descubrir y arrestar al matador, »quiere su majestad que si así su»cediese proceda V. S. á recibir su »confesión al reo; y no exponiendo »en ella descargo ó excepción que, »legítimamente probados, le exi»man de la pena de la ley, deter»mine usía la causa conforme á la »última pragmática de desafíos, »consultando con su majestad la »sentencia que diere con remisión »de los autos originales por mi »mano: todo con la posible breve»dad. Nuestro señor guarde á V. S. »muchos años. San Ildefonso, etcé»tera. Señor don Justo de Lara.» (*Paseándose con inquietud.*) ¡Tanta prisa, tanta precipitación!... ¡Así trata la corte un negocio de esta importancia!... pero no hay remedio: el rey lo manda, y es fuerza obedecer. Yo no sé lo que me anuncia el corazón... este don Torcuato... él está inocente... un primer movimiento... un impulso de su honor ultrajado... ¡Ah! ¡cuánto me compadece su desgracia!.... pero las leyes están decisivas. ¡Oh leyes! ¡oh duras é inflexibles leyes! En vano gritan la razón y la humanidad en favor del inocente... Y ¿seré yo tan cruel, que no exponga al Soberano?... no: yo le representaré en favor de un hombre honrado, cuyo delito consiste sólo en haberlo sido.

ACTO CUARTO

La escena representa el interior de una torre del alcázar que sirve de prisión á TORCUATO. La acción es de noche. En

esta habitación no hay más adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bujía. En el fondo habrá una puerta que comunique al cuarto interior donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas.

ESCENA PRIMERA

JUSTO y EL ESCRIBANO.—JUSTO está sentado á la mesa con aire triste, inquieto y pensativo, y el escribano en pie, algo retirado.

ESC. (*Acercándose.*) Señor, ya está todo evacuado; á las cinco y media en punto partió el posta con los autos y la representación.

JUS. Muy bien, don Claudio; idos á mi cuarto, y esperadme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare por cosa urgente, avisadme; y si no lo fuere que nadie me interrumpa. Si volviese el expreso traedle aquí con reserva; sobre todo un profundo silencio.

ESC. Ya entiendo, señor. ¡Qué afligido está! (*Yéndose.*)

ESCENA II

JUSTO

(*Después de alguna pausa.*) En fin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¡Quiera el cielo que mis razones sean atendidas! Pero el ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oído... ¡Vé aquí por qué los poderosos son insensibles!... Sumidas en el fausto y la grandeza, ¿como podrán sus almas prestarse á la compasión? ¡Ah! ¡desdichados los que se creen dichosos en medio de las miserias públicas!... mas yo confío en la piedad del Soberano... su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias. (*Se levanta y pasea inquieto.*) No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. No pudiera ser que don Torcuato... haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... su edad... su fisonomía... ¡Ah, dulce y funesta ilusión! ¡el fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro!... No obstante quiero hablarle. (*Llamando á los centinelas.*) ¡Hola! que venga el reo á mi presencia. (*Se sienta. Los centinelas entran por la puerta del cuarto interior: salen luego con Torcuato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del Juez.*)

ESCENA III

JUSTO y TORCUATO

JUS. Sí; yo le preguntaré... (*Viéndole.*) Su vista me quebranta el corazón. (*A los centinelas.*) Despejad. (*A Torcuato.*) Sentaos. (*Los centinelas se retiran, y Torcuato se irá acercando poco á poco á una de las sillas, donde se sienta.*) Sentaos, amigo mío; ya no soy vuestro juez, pues sólo vengo á consolaros, y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiración. Pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

TOR. El honor, que fué la única causa de mi delito, es, señor, la única disculpa que pudiera alegar; pero esta excepción no la aprecian las leyes. Respeto como debo la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Cuando acepté el desafío preví estas consecuencias; por no perder el honor me expuse entonces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

JUS. ¿Pero tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor?... Tal vez su atrocidad representada al soberano...

TOR. ¡Ay, señor! Las leyes son recientes y claras, y no dejan refugio alguno al que acepta un desafío. ¿Por qué queriais que dejase perpetuados en el proceso los nombres viles?...

JUS. ¿Pues qué? ¿Acaso el marqués?...

TOR. Me habéis dicho que nome habláis como juez: por eso voy á responder como amigo. Mi ofensor, señor, era uno de aquellos hombres temerarios á quienes su alto nacimiento y una perversa educación inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dijo mil denuestos, que yo disimulé á su temeridad. Me desafió varias veces, y yo me desentendí sin contestarle; pero al fin insistió tanto,

y llevó á tal extremo su provocación, que me echó en cara un defecto... El rubor no me deja repetirle. (*Torcuato se cubre el rostro.*)

JUS. Y bien, ¿qué os dijo? Habladme con lisura. (*Llorando.*)

TOR. ¡Ay, señor! Entre mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quién debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo; y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores... En fin, el marqués...

JUS. (*Sobresaltado y con prontitud.*) Ya, ya entiendo... Y con efecto, ¿habeis nacido en Salamanca?

TOR. Sí, señor; allí nací, y allí tuve mi primera educación.

JUS. (*Siempre sobresaltado.*) ¿Y á quién la debísteis?

TOR. A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

JUS. (*Con mayor inquietud.*) ¿Pero supisteis después que lo erais en efecto?

TOR. Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi origen. Mi madre, señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empeña para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran extremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios más exquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidenta de su cuidado. Por medio de ésta me hizo criar en una aldea vecina á Salamanca; después me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habían muerto en Vizcaya; y en fin, engañó aun á su mismo amante, suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. Ni paró aquí su delicadeza. Clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligara á buscar en paises lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entonces preparado un matrimonio, que debía asegurarme la noticia y la legitimidad de mi origen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas... Mas, señor, vos estais inquieto: ¿sentís acaso alguna novedad?

JUS. (*Mirándole atentamente y conturbado en extremo.*) No hay duda: él es... sí, él es.

TOR. Señor...

JUS. (*Esforzándose para mostrar serenidad.*) No, amigo mío, no tengais cuidado, y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

TOR. No, señor; la única noticia que pude adquirir de él fué que había pasado con empleo á Nueva España, y que debía regresar con la última flota.

JUS. ¡Oh Dios! ¡oh justo Dios! mi corazón me lo había dicho... ¡hijo mío!...

TOR. (*Asombrado.*) ¡Qué, señor! ¡Es posible!...

JUS. (*Prontamente.*) Sí, hijo mío; yo soy ese padre desdichado, que nunca has conocido.

TOR. (*De rodillas, y besando la mano de su padre con gran ternura y llanto.*) ¡Mi padre!.. ¡Ay, padre mío! después de haber pronunciado tan dulce nombre ya no temo la muerte.

JUS. (*Con extremo dolor y ternura.*) ¡Hijo mío! ¡hijo desventurado!... ¿En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre?

TOR. (*Como antes.*) No, padre mío: después de haberos conocido, ya moriré contento.

JUS. (*Levantándole.*) El cielo castiga en este instante las flaquezas de mi liviana juventud... Pero ¿sabes, hijo infeliz, cuál es tu desgracia? ¿sabes cuánto debe ser mi dolor en este día? ¡Ah! ¿por qué no suspendí una hora, siquiera una hora?... Tu desdichado padre ha vuelto de su largo destierro sólo para ser causa de tu ruína... ¡Ay, Flora! ¡por cuántos títulos me debe ser dolorosa la noticia de tu muerte!

TOR. (*Con serenidad y ternura.*) Bien sé, padre mío, cuál es mi situación y cuál el funesto ministerio que debeis ejercer conmigo. Pero suponiendo mi suerte inevitable, ¿no es un favor distinguido de la Providencia que me restituya á los brazos de mi padre? Ya no mo-

riré con el desconsuelo de ignorar el autor de mis días; vos me confortareis en el terrible trance; vuestra virtud sostendrá mi flaqueza; y á Laura (*Enternecido.*) le quedará un digno consolador en su triste viudez.

JUS. (*Enternecido.*) ¡Hijo infeliz! ¡hijo digno de mejor suerte y de un padre menos desdichado! ¡tu virtud me encanta, y tus discursos me destrozan el corazón!... ¡Ah, yo pude salvarte, y te he perdido!... Sólo la bondad del Soberano... sí; su corazón es grande y benéfico, y no desatenderá mis razones.

ESCENA IV

Dichos y el ESCRIBANO

ESC. (*A Justo desde el fondo de la escena.*) Señor: el caballero corregidor solicita entrar.

JUS. (*Al escribano.*) Aguardad un momento. (*A Torcuato.*) Hijo mío, reserva en tu corazón este secreto, porque importa á mis ideas, y si el cielo no se doliere de este padre desventurado, ocultemos á la naturaleza un ejemplo capaz de horrorizarla.

ESC. (*Desde la puerta.*) ¡Con qué ternura le habla! Hasta le da el nombre de hijo por consolarle. ¡Oh! ¡qué ejemplo tan digno de imitación y de alabanza!

JUS. (*Al escribano.*) Que entre. (*El escribano se retira, vuelve con Simón hasta la puerta, y se va.*)

TOR. Sólo me toca obedeceros.

ESCENA V

SIMON, JUSTO y TORCUATO

SIM. Perdonad, señor don Justo; esa muchacha no me deja sosegar un instante: si no la detengo, ya venía despeñada á echarse á vuestros pies. Clama por su marido, y dice que no quiere separarse de su lado. También desea verle don Anselmo.

JUS. ¡Ah! ¡si supieran cuál es su suerte!

SIM. (*A Torcuato*) ¡Muy buena la hemos hecho, Torcuato! ¡mira en qué estado nos has puesto!

JUS. (*Con gravedad.*) Señor don Simón, ya no es tiempo de reconvenciones. Si no os doleis de su triste situación, al menos no le aflijais.

TOR. (*A Justo.*) ¡Pero, señor, se me negará el consuelo!...

JUS. (*Con blandura.*) ¿Para qué quereis exponeros á la angustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos sólo pueden serviros de mayor quebranto. Yo quiero excusárosle, amigo mío; retiraos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasión podreis satisfacer tan justo deseo. Hola, retiradle. (*A los centinelas. Los centinelas se van con Torcuato, en la misma forma que han salido.*)

ESCENA VI

JUSTO y SIMON

SIM. (*Viendo salir á Torcuato.*) ¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia: todos lloran todos se afligen y todos sienten su desgracia. Vé aquí, señor don Justo, las consecuencias de los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarle atropellan todas sus obligaciones. No, la ley los castiga con sobrada razón.

JUS. Otra vez hemos tocado este punto, y yo creía haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud, y del cumplimiento de los propios deberes El hombre justo debe sacrificar á su conservación todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos sería buena la legislación que castigase con dureza al que admite un desafío, que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un país, donde la educación, el clima, las costumbres, el genio nacional, y la misma constitución inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor: en un país, donde el más honrado es el menos sufrido, y el más valiente el que tiene más osadía: en un país, en fin, donde á la cordura se llama cobardía, y á la moderación falta de espíritu, ¿era justa la ley que priva de la vida á un desdichado sólo porque piensa como sus iguales? ¿una ley que sólo po-

drán cumplir los muy virtuosos, ó los muy cobardes?

SIM. Pero, señor, yo creía, que el mejor modo de hacer á los mozos más sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

JUS. Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entre tanto las penas fuertes serán injustas y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislación era en este punto menos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacía plausibles los duelos, y entonces la legislación los autorizaba; pero hoy pensamos poco más ó menos como los godos, y sin embargo castigamos los duelos con penas capitales

SIM. Esos discursos, señor, son demasiados profundos; yo no soy filósofo, ni los entiendo; pero estoy muy mal con que los mozos...

JUS. (*Con alguna aspereza.*) Dejemos una conversación que debe afligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

SIM. Pero, decidme, ¿no habrá algún medio de salvar á Torcuato?

JUS. (*Con seriedad.*) Esa pregunta es bien extraña en quien sabe las obligaciones de un juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo otro arbitrio que el de representar, y pues habeis oído cómo pienso, podreis inferir si lo habré hecho con eficacia.

SIM. ¡Oh! pues si habeis representado, yo confío...

JUS. No hareis bien en confiar. Las representaciones de un juez, suelen valer muy poco cuando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo, la Providencia... la piedad del Soberano...

ESCENA VII

Dichos y el ESCRIBANO

ESC. Señor, acaba de llegar el expreso.

JUS. (*Recibiendo el pliego.*) Vamos... (*Asustado.*) No sé lo que me altera: el corazón no me cabe en el pecho.

SIM. ¿Qué tendrá que tanto se ha turbado?

JUS. (*Leyendo en secreto la carta, manifiesta en su semblante grande conmoción y extremo dolor, y después de haber acabado se arroja en una silla.*) ¡Oh padre sin ventura! ¡oh hijo desdichado!

ESC. ¡Malo! ¡malo! ¡sin duda se ha confirmado la sentencia! (*Se va el escribano, y Simón, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la escena, sin resolverse á desampararle.*)

SIM. Yo no comprendo. El ha perdido el color... ¡cuál se ha puesto, Dios mío! ¿qué traerá esta carta? (*Cuanto dice Justo en el resto de la presente escena, se entiende aparte.*)

JUS. Sí, sí; yo he sido el cruel, que ha aclarado su desgracia... ¡Ah! yo esperaba que mis clamores en favor de un inocente... ¡Hijo desventurado!

SIM. ¿Señor? (*Acercándose con timidez.*) ¿Qué tendrá que tanto exclama?

JUS. (*Sin oirle.*) No sólo aprueban su muerte, sino que quieren también atropellarla! (*Levantándose.*) No: al Soberano le han engañado. ¡Ah! ¿si hubiera oido mis razones, cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

SIM. (*Desde lejos.*) Señor don Justo...

JUS. (*Paseándose por la escena, como fuera de sí.*) ¡Hijo mío! ¡hijo desdichado! ¿cómo he de consentir?... Iré á bañar los pies del mejor de los reyes con mis humildes lágrimas.

SIM. ¡Cuál está, Dios mío! ¡no sosiega un instante! señor don Justo... por vida de... señor don Justo... ¡pero qué gritos!...

ESCENA VIII

Dichos, LAURA y ANSELMO. Laura entra corriendo en la escena y Anselmo deteniéndola.

ANS. Señora, señora, deteneos.

LAU. (*Mirando á todas partes.*) ¡Qué! ¿él correrá á la muerte y yo no podré abrazarle?... querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿quiénes son los crueles que nos separan?

SIM. ¡Hija mía! ¿Qué es esto?... don Anselmo...

ANS. Señor, no he podido contenerla... El posta que llegó de la Corte, esparció la voz de que traía malas nuevas; entendiéronlo algunos de la familia, y sus lágrimas...

LAU. (*A Justo, de rodillas.*) ¡Ay, señor!

¿así abandonais á vuestro amigo? ¿sufrireis que su esposa desventurada?...

JUS. (*Volviendo el rostro.*) ¡Vé aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha! Señor don Simón, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor.

SIM. Vamos, hija, vamos.

LAU. (*Resistiéndose,*) No, yo no me separaré de aquí... ¡qué! ¿después de perderle, me negarán también el consuelo de morir en sus brazos? ¡crueles! ¡todos son crueles con esta desdichada! (*Simón lleva casi violentamente á su hija y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene avisado por Justo.*)

ESCENA IX

JUSTO y ANSELMO

JUS. Quedaos, don Anselmo. Los sucesos de este triste día me han hecho conocer la fina amístad que profesais á don Torcuato. ¿Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

ANS. ¿Pues qué? ¿lo dudais, señor? ¡Ah! no es posible comprender cuánto estimo sus virtudes, ni cuánto me duele su triste situación. ¡Ah! si pudiera á costa de mi vida.

JUS. A menos costa podeis serle muy útil, y defender la suya. A pesar de cuantas razones expuso en su favor, la corte ha resuelto lo que oireis ahora.

ANS. ¡Oh Dios!

JUS. (*Lee con dolor y turbación.*) «He »dado cuenta al rey de la causa »escrita sobre el desafío que hubo »en esta ciudad el día 4 de agosto »del año próximo pasado entre el »marqués de Montilla y don Tor»cuato Ramírez, que resultó de la »muerte del primero; y sin embar»go, de cuanto V. S. expone en su »representación á favor del homi»cida, S. M., considerando el es»cándalo que ha causado este su»ceso en esa ciudad, este Real Si»tio, y todo el reino, singularmen»te cuando estaba tan reciente la »publicación de su pragmática de »28 de abril del mismo año pasa»do, y teniendo asimismo presen»te, que el reo está plenamente »confeso en su delito, se ha ser»vido resolver que V. S. pon»ga en ejecución la sentencia de »muerte y confiscación que ha »dado en dicha causa, concedien»do al reo sólo el tiempo preciso »para disponerse á morir como »cristiano; y V. S. me dará cuenta »de haberse ejecutado en la forma »prevenida. Nuestro Señor, etc.»

ANS. (*Lloroso.*) ¡Infeliz amigo! ¡yo no podré sobrevivir á tu muerte!

JUS. ¡Desdichado! ¡todos se compadecen de su desgracia! ¡Sólo la corte está sorda á nuestros clamores! Pero, don Anselmo, aun no sabeis hasta dónde llega la desdicha de vuestro amigo...

ANS. Qué, señor, después de una sentencia...

JUS. Sí, amigo mío: esta bárbara sentencia ha sido dictada por su mismo padre.

ANS. (*Asombrado.*) ¿Vos padre suyo? ¡oh Dios!

JUS. (*Transportado de pena.*) No, yo no soy su padre: soy un monstruo que le ha dado la vida para arrebatársela después... ¡Insensato! yo hubiera podido... pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torcuato: la corte está cerca, vos sois su amigo, teneis en ella valedores... tal vez vuestras instancias...

ANS. (*Yéndose con precipitación.*) Basta, señor, he entendido: no me detengo ni un instante.

JUS. (*Siguiéndole.*) Si fuere preciso que el nombre de su padre ..

ANS. (*Desde la puerta y sin volver el rostro.*) Entiendo, entiendo.

ESCENA X

JUSTO

¡Santo Dios, encamina sus pasos!... Vé aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. Pero ¡cuán débiles son sus apoyos contra la fuerza y el poder! ¡virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, mas no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos... ¡Cuánto ha cambiado mi suerte en un solo día! ¿es posible que me he de hallar en la dura

necesidad de derramar mi propia sangre?... ¡hijo desventurado!... la mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡funesta obligación!... ¡horrible ministerio!... ¡si acaso don Anselmo!... ¡Ah! ¡qué podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos!... ¡contra el respeto de las leyes!... ¡contra la preocupación del gobierno!... ¡ah!...

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

JUSTO, TORCUATO y EL ESCRIBANO

Descúbrese á Torcuato, sentado con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo algo distante se pasea con aire profundamente inquieto y abatido. El escribano estará retirado lejos de todos, y habrá centinelas dobles. La acción es de día.

JUS. (*Al escribano.*) Dejadnos solos por un rato, y avisad cuando sea tiempo. (*Se va el escribano sacando el reloj.*) Ya no me queda esperanza alguna... la hora funesta está cercana, y don Anselmo no parece... ¿Oh justo Dios! ¿negaréis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

TOR. (*Con voz desmayada.*) En este triste y pavoroso instante, la imagen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de sus suspiros resuena en el fondo de mi alma... ¡Ay Laura! yo no soy digno de tan amargas lágrimas... (*Mirando á su padre.*) Mi padre... ¡Ah! su venerable presencia y su tristeza me destrozan el corazón... ¡oh muerte! sin estos objetos tú no serias terrible á mis ojos. Padre... (*Llamando á su padre.*)

JUS. (*Sin oirle y paseándose.*) ¡Hay que vencer tantas dificultades antes de hablar á un Soberano!

TOR. (*Con voz más animada.*) Padre...

JUS (*Paseándose, pero sin volver el rostro*) Las lágrimas me ahogan... no puedo responderle.

TOR. (*Esforzando más su voz.*) Querido padre...

JUS. (*Prontamente.*) ¡Hijo mío!

TOR. Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me deja llegar á vuestras plantas... mi hora se acerca... dignaos de bendecir por la última vez á este hijo desgraciado.

JUS. (*Acercándose y tomando su mano.*) ¡Hijo mio! tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Criador. Allí hallarás un padre que sabrá recompensar tus virtudes.

TOR. Sí, querido padre; voy á ofrecerle mi espíritu, y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia... ¡Padre mío! vuestro corazón y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. ¡Ah! ¡qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

JUS. Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes, y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardón. ¡Ah! nosotros, infelices, quedamos sumidos en un abismo de aflicción y miseria, mientras tú espíritu sobre las alas de la inmortalidad va á penetrar las mansiones eternas, y esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado! Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas, que ellas te harán superior á las angustias de la muerte. (*A este tiempo se oye el reloj que da las doce. Torcuato se extremece: Justo, horrorizado, se aparta de él volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el escribano.*)

ESCENA II

Dichos y EL ESCRIBANO

ESC. (*Desde la puerta y con voz tímida.*) Señor... la hora ha dado ya.

TOR. (*Asustado.*) ¡Oh Dios!... ésta es la última de mi vida... ¿con que no hay remedio?... (*Resignado después de alguna pausa*) Vamos, pues, á morir.

JUS. (*Con extrema inquietud paseando por el frente de la escena.*) ¡Este don Anselmo!... ¡don Anselmo!... ¡gran Dios!... ¿Así abandonáis al inocente?... (*Hace seña al escribano que se habrá mantenido en la puerta.*)

ESCENA III

Dichos.—El escribano, sin salir, hace una seña desde la puerta, y á ella entran sucesivamente el alcalde, la tropa y los ministros de justicia. El alcalde despoja

á Torcuato de sus prisiones: los soldados con bayoneta calada le rodean por todos lados, y la gente de justicia se coloca, parte á la frente y parte cerrando la comitiva. El escribano precede á todos. En este orden irán saliendo con mucha pausa, y entre tanto sonará á lo lejos una música militar lúgubre. Justo se mantiene inmoble en un extremo de la escena, con toda la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro hacia el interior.

TOR. (*Mientras le quitan las prisiones.*) Querido padre, yo os recomiendo la inocente Laura, sustituidla el lugar de este hijo que vais á perder.

JUS. Hijo mío: ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

TOR. (*Empezando á salir.*) ¡Padre!... Adiós, padre. (*Justo no le puede responder por el exceso de dolor: se arroja en una silla: luego se reclina sobre la mesa cubriendo su rostro con las manos, y entre tanto acaba de salir todo el acompañamiento.*)

JUS. (*Levantando las manos al cielo.*) ¡Este don Anselmo!

TOR. (*Fuera de la escena.*) Adiós, querido padre. (*Justo al oirle se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como antes guarda silencio un rato.*)

ESCENA IV

JUSTO

(*Con voz interrumpida.*) ¡Hijo infeliz!... yo soy quien te priva de tu inocente vida... lo que hice por salvarte ha sido tan poco... ¡Qué idea tan horrible! pero no hay remedio... bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte... (*Levantándose asustado.*) Ya parece que suena en mis oídos. ¡Santo Dios! (*Paseándose por la escena con suma inquietud.*) No hallo sosiego en parte alguna. ¡Hijo desdichado? ¿es posible?... con que tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre, y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de tu muerte? ¿de una muerte tan acerba, y tan ignominiosa?... ¡Buen Dios! ¿Por qué no le socorres?... (*Asustado.*) ¿pero qué ruido se oye? ¿si estará ya esperando?

ESCENA V

SIMON, LAURA y JUSTO.—Laura entra en la escena corriendo, desgreñada y llorosa, y su padre deteniéndola.

SIM. (*Desde el fondo.*) Señor, señor, no puedo detenerla. Un solo iñstante que nos descuidamos...

LAU. (*Mirando á todas partes.*) No no; todos me engañan. ¡Crueles! ¿porqué me quitais á mi esposo? ¿dónde está? ¿qué? ¿no parece? ¿se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡crueles verdugos de mi inocente esposo! ¿estaréis ya contentos?... No: él no ha muerto aún, pues yo respiro. Dejadme, dejadme que vaya á acompañarle: que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestros cuellos... ¡Querido esposo! ¡ah! tú lucharás también con tus verdugos por venir á unirte con tu Laura. ¿Por qué no quieren que espiremos juntos?

JUS. (*Procurando templar á Laura*), Hija...

LAU. (*Mirándole con horror.*) ¡Yo no soy vuestra hija, cruel! yo no soy vuestra hija. Vos me habéis quitado mi esposo: sí, vos me le habéis quitado. Y no os disculpéis con las leyes: con esas leyes bárbaras y crueles, que sólo tienen fuerza para los desvalidos.

JUS. ¡Qué alma podrá resistir á tantas aflicciones! (*Se oye á lo lejos una confusa gritería, y casi al mismo tiempo el toque de la campana, que se acostumbra en semejantes casos.*) ¡Pero qué oigo! ¡qué rumor!... ¡oh santo Dios!... recibe su espíritu. (*Se vuelve á arrojar en la silla, tomando la misma situación en que antes estuvo. Laura corre como furiosa: su padre manifiesta también mucho dolor, y la sigue sin hablar.*)

LAU. ¿Qué? ¿ya espiró? No, no puede ser... mi esposo... ¡oh triste, oh desdichado esposo!... tu sangre corre ya derramada... ¡Ah! voy á detenerla. (*Hace un esfuerzo por salir de la escena, y cae al suelo oprimida del dolor.*)

SIM, ¡Hija mía! ¡hija de mi vida!... ¡ah! ¡que no respira! (*Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continúa el sonido de la campana.*)

JUS. Ese melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! ¡Tú has recibido ya su es-

piritu en la morada de los justos!

SIM. Hija mía... ¡Oh padre desdichado!

LAU. (*Volviendo en sí.*) ¿Con qué ya no hay remedio? ¡con qué el golpe fatal!... No: yo no puedo vivir. ¡Querido esposo! ¡Ah! ¡bárbaros! ¡Ah, crueles verdugos!

JUS. Buen Dios, pues nos envías esta tribulación, conforta nuestras almas para sufrirla.

SIM. ¡Hija mía! ¡querida Laura!...

LAU. (*Levantándose con furor.*) ¿Y el justo cielo no vengará la sangre del inocente? ¡Oh Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado: que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra: que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías: que sean eterno objeto de tu terrible cólera. (*Vuelve á caer en los brazos de su padre como antes.*)

SIM. Hija... el dolor la tiene sin sentido. Hija mía...

JUS ¡Ah! ¡su dolor es muy justo! ¡Desventurada!... ¿Pero qué nuevo rumor? ¿qué habrá sucedido? (*El alcaide, el escribano, Eugenia y algunos otros domésticos salen apresurados á la escena diciendo todos á una vez.*)

ESCENA IV

Dichos.

ESC. ¡Albricias! ¡albricias!

SIM. ¿Pues qué? ¿qué hay?

ESC. ¡Albricias! el rey le ha perdonado.

JUS. } ¡Oh Dios!
SIM. }

LAU. (*Corriendo hacia el escribano.*) ¿Pues qué? ¿vive? ¿vive todavía? Amigo...

ESC. (*Fatigado.*) Si el señor don Anselmo tarda un instante más, todo se ha perdido; pero el cielo le trajo á tan buen tiempo... Sí, señores; vive aún, y está perdonado; este es su indulto. (*Entrega un pliego á Justo.*)

LAU. ¿Y dónde está? Vamos á verle. (*Simón la detiene.*)

JUS. (*Abriendo el pliego besa la real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer diciendo.*) ¡Al fin, buen Dios, los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia!

SIM. (*Al escribano.*) Pues vaya, hombre, cuéntenos lo que ha pasado, y sáquenos de dudas.

ESC. (*Mientras lee Justo.*) Yo no sé si podré, porque estoy tan alterado, tan gozoso... Ya todo estaba pronto, y el reo había subido á lo alto del cadalso: toda la ciudad se hallaba en la gran plaza de este alcázar, ansiosa de ver el triste espectáculo: el susto y la curiosidad tenían al pueblo en profundo silencio, y sólo se oía el funesto pregón de la sentencia, y las voces de los religiosos que auxiliaban. Entretanto conservaba Torcuato en su semblante la compostura y su gravedad natural, y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, cuando el verdugo le advirtió que había llegado su hora. Entonces sereno y mesurado se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fija por un rato en este alcázar, y lanzando un profundo suspiro se dispone para la sangrienta ejecución. Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, cuando una voz que clamaba á lo lejos, perdón, perdón, detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, cuyo rumor engañó al que tenía á su cargo la campana: de suerte que el fúnebre sonido de ésta, y las alegres voces del indulto y del perdón resonaron á un tiempo en todos los oídos. Ya á este punto llegaba don Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habían desfigurado su semblante, de forma que nadie le conocía. Traía en la mano la real cédula de indulto, que me entregó al instante. (*Justo acaba de leer, y se acerca á oir al escribano.*) Y dándome orden de que viniese á presentarla, se apeó, subió al cadalso, y allí queda dando tiernos abrazos á su amigo, y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

JUS. ¡Ay, amigo! corred: no os detengais un punto: poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista. (*El escribano se va con precipitación.*) ¡Oh buen Dios! Mi corazón desfallece de

contento. Sí, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres también... ven á mis brazos, y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

LAU. (*Corriendo á abrazarle.*) ¡Qué, señor! ¿Vos sois su padre?

SIM. ¿Su padre? ¿también tenemos esa?

JUS. Sí, soy su padre, y sin embargo había decretado su muerte. ¡Ah! si el cielo no le hubiese salvado, sólo el sepulcro pudiera terminar mis tormentos. Sosiégate, querida hija, tranquiliza tu espíritu agitado. En mejor tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el origen de tu esposo.

LAU. (*Besando la mano á Justo.*) ¡Querido padre! El cielo me le vuelve por vuestra mano, y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

SIM. Señores, cuanto pasa parece una novela; yo estoy aturdido, y apenas creo lo mismo que estoy viendo... Querida Laura, ven á los brazos de tu padre. (*Laura va á abrazar á su padre, pero viendo á su esposo corre á encontrarle al fondo de la escena donde se abrazan estrechamente.*)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ANSELMO, TORCUATO y FELIPE. Torcuato, desgreñado, pero sin las vestiduras de reo, con semblante risueño, aunque muy conmovido: Anselmo lleno de polvo, y en traje de posta.

LAU. ¡Ah querido esposo!...

TOR. (*Corriendo á abrazarla.*) ¡Ah! ¡Laura mía!...

JUS. (*Abrazando á Anselmo.*) ¡Mi bienhechor, mi amigo! ¿Con qué podremos corresponder á tan sublime beneficio?

ANS. En él mismo, señor, está mi recompensa. He tenido la dulce satisfacción de salvar á mi amigo

TOR. (*A su padre abrazándole.*) ¡Querido padre!

JUS. Ven á mis brazos, hijo mío. Tú serás el apoyo de mi vejez.

LAU. Querido don Anselmo, yo seré eternamente esclava vuestra.

TOR. (*A Simón.*) ¡Padre mío!

SIM. (*Abrazándole.*) Buen susto nos has dado: Dios te lo perdone... Diga ahora don Anselmo cómo se ha hecho este milagro.

ANS. Cuando llegué á la corte estaba S. M. recogido, y mis clamores fueron vanos, porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Ni dormí ni dejé sosegar á nadie. El ministro, el sumiller, el mayordomo mayor, el capitán de guardias, todos sufrieron mis importunidades. En vano me decían que mi solicitud era inasequible. Al fin, por librarse de mí ofrecieron pedir á S. M. una audiencia, y con esto los dejé por un rato; pero empleé el tiempo qne restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debían extender la cédula, en caso de ser el despacho favorable: con lo cual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el Soberano. Le expuse con brevedad y con modestia cuanto había pasado en el desafío; el genio provocativo del marqués: el corazón blando y virtuoso de Torcuato: el candor y la virtud de su esposa; y, sobre todo, la constancia y rectitud del juez, diciendo que era su mismo padre. El cielo sin duda animaba mis palabras, y disponía el corazón del monarca. ¡Ah! ¡qué monarca tan piadoso! ¡Yo ví correr tiernas lágrimas de sus augustos ojos! Después de haberme oído con la mayor humanidad: «La suerte de este desdichado, me dijo, conmueve mi real ánimo, y mucho más la de su buen padre. Anda: ya está perdonado; pero no pueda jamás vivir en Segovia, ni entrar en mi corte.» Al punto me postré á sus pies, y los inundé con abundante llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo, vuelo en el camino, y ¡oh Dios! un instante más me hubiera privado del mejor amigo.

TOR. Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos: tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUS. Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia, que nunca abandona á los virtuosos, ni se olvida de los inocentes oprimidos.

FIN

D. RAMON DE LA CRUZ

LA DISCRETA Y LA BOBA

PERSONAS: DOÑA LAURA, petimetra. DOÑA AGUEDITA, su hermana. EL MARQUES DE SAN SIMON. UN VIUDO. UN PAJE. DON JACINTO, petimetre juicioso. UN OFICIAL DE INFANTERIA. UN PELUQUERO.

La escena es en Madrid, y una sala de tertulia en casa de las dos señoras.

Al alzar el telón estarán sentadas con separación, y casi de espaldas, DOÑA LAURA y DOÑA AGUEDITA; la primera rizando una cinta para adorno de un sombrerito, y la segunda haciendo calceta, vestida con un simple hábito. Un poco de silencio. Canta siguiendo su labor DOÑA LAURA esta seguidilla:

«Dios nos libre de chismes
y horas menguadas;
pero principalmente
del agua mansa.
Cuyos estragos
son mas irremediables
cuanto más tardos.»

LAU. ¡Qué seguidillas tan lindas!
AGU. Mejor es la copla, Laura.
LAU. La primera que salió.
AGU. Creí, como me mirabas,
que era elección el concepto.
LAU. Ya sabes aquello, hermana,
de quién las hace las piensa:
déjame cantar, y calla. (*Canta.*)
«De mujer que habla poco,
que hace calceta,
y que reza en visita,
Dios me defienda.
Y de beatas,
que son la quinta esencia
del agua mansa.» (*paje.*)
AGU. ¡Viva! ¡Muchacho! (*Llamando al*
PAJE (*Dentro.*) ¿Señora? (*Sale*)
AGU. ¿Está á mano la guitarra?
PAJE Siempre ha sido mi continua
compañera en la antesala.
LAU. ¿Quieres cantar, Aguedita?
Celebro ver esa gracia
más, añadida á las tuyas.
AGU. Ya te responderé, calla. (*A Laura.*)
¿Sabes, por ventura, esas (*Al*
seguidillas que cantaba (*Paje.*)
Laura?
PAJE De oirlas tantas veces
no hay quien no las sepa en casa.
AGU. Pues trae la guitarra luego.
PAJE Pronto está; voy en volandas.
(*Vase.*)
LAU. ¿Tan mal canto yo, que no
repetiré, si te agradan,
las que quisieres?
AGU. No es justo,
porque tú seas bizarra
para mí, pretender yo
ser impertinente.
PAJE (*Sale.*) Vaya,
aquí está el mueble.
LAU. (*Pronta.*) ¿Qué mueble?
PAJE No es de aquellos que se llaman,
ya sea por lo que adornan
los costados de las damas (*Con intención.*)
ó el ángulo de un estrado,
así por antonomasía.
LAU. Es de madera.
AGU. ¿Y los otros
crees que todos tienen alma,
aunque sean de carne y hueso?
LAU. ¡Mire la sosa! (*Burlándose.*)
AGU. Esta tacha
tengo; pero tú, discreta,
oye esta copla; y tú canta. (*Al Paje. Sentado el Paje cerca de Doña Agueda, le dicta ésta al oido la seguidilla siguiente, que canta aquél por la propia música.*)
PAJE «Dios nos libre de sotos
donde no hallan
los pobres cazadores
más que ojarascas.
Y petimetras
que sus méritos compran
en varias tiendas.»
LAU. ¡Bravo!
AGU. ¿Qué te ha parecido
la letra?
LAU. Muy chavacana.
AGU. Como mía.
LAU. Marcha tú
allá fuera, por si llaman,
ó si viene el peluquero.
AGU. Estate quieto, que falta
otra copla.

LAU. No la cantes.
AGU. Cántala.
LAU. Mira si marchas,
ó te rompo la cabeza.
PAJE Agur. (*Vase corriendo.*)
AGU. La diré rezada,
quizá en mejor ocasión.
LAU. Harás muy bien: cuando haya
gentes que admirarse puedan
de tu talento, y te aplaudan.
AGU. Calla, mujer. ¿Cómo puede
lucir una mentecata.
al lado de una señora
tan instruída, tan guapa,
tan linda, y tan satisfecha
de que contesta y encanta
á cualesquiera extranjero,
porque en su lengua le habla?
y toda la ciencia está
reducida á las palabras
soto voche; niente á fato;
mi piachi asai; obligata;
non mi secate contine;
dacapo.
LAU. ¿Qué sazonada
estás hoy?
AGU. ¡Pues en francês!
Oui, Monsiu; non Monsiu.
LAU. Calla.
AGU. *Monsiu el Conte, vous eté*
un petit eturdi...
LAU. ¡Vaya
que hay función! ¿quieres callar?
AGU. (*Seria.*) Mas valía que callaras
tú, y reconocieras que
con tales extravagancias
diviertes á todos más
que una comedia de magia.
LAU. (*Viva.*) Por eso tú los fastidias
más que una purga cargada
de jarabe; si no fuera
por mí, no viniera un alma
á vernos.
AGU. Vendría á otra cosa.
LAU. ¿A qué?
AGU. A explorar nuestras gracias.
LAU. ¡Mucho te hace hablar la envidia,
Aguedita!
AGU. Mucho, Laura,
más te obliga á delirar
la presuncion que te engaña.
LAU. ¿Yo presumida?
AGU. Algo más
que yo envidiosa. Las maulas
de tus cortejantes son,
por cierto, para envidiadas,
á excepción de uno, y á ese,
si á mí me da la humorada
de mirarle una vez tierna,
le derrito á lumbre mansa
el corazón y te dejo
corrida y desengañada.
LAU. Si para conquistar gentes
no tuviera más contraria
yo que tú, las cuatro partes
del mundo se despoblaran
del sexo fuerte, y rendidos
en mi templo y á mis plantas
confundirian incíensos
y suspiros en mis aras,
AGU. Aguárdate. (*Se levanta.*)
LAU. ¿Pues adónde?
vas?
AGU. Voy á abrir las ventanas
para que respire el tufo
que te tiene atolondrada
de vanidad.
LAU. Y yo en pago
te daré á tí una sustancia,
ya que la envidia te tiene
tan consumida y tan flaca.
AGU. Te desengañaré
LAU. ¿Cómo,
y cuándo?
AGU. Suelo ser tarda
en mis obras; pero á fija,
ni un reloj de sol me gana.
PAJE (*Sale.*) Señoras, el peluquero.
LAU. Yo reniego de su casta:
¿es hora de venir esta?
PAJE Entre usted, Monsú Pomada.
LAU. Di que prevengan al punto (*Paje.*)
el tocador las muchachas. (*Vase*
PEL. (*Sale.*) *Je suis pressé horriblement*
huyurduy. Allon Madamá.
LAU. *Dusmant, dusmant, mon ami.*
PEL. (*A Aguedita.*) ¿E vosté per què
tujur? (trabaca
AGU. Por no estar ociosa.
PEL. (*A Aguedita.*) Yo tien guste de pe-
un di á mi fantasie (ñarla
á vosté.
AGU. Mira que llaman,
chico.
PAJE (*Sale.*) Voy á ver quién es.
LAU. Más valía que pensara
en peinarme bien á mí.
PEL. Yo hacer per esto, madama,
todo mi posible; ma
jamé tiene bien parrada
su cabeza; y luego pon
cosas de su extravagancia,
que no me fon pas honor.
LAU. ¿No le hacen á usté honor? ¡Vaya!
si tiene algo de buen gusto,
¿quién se le ha dado? ¿y la rara
moda de enredar el pelo
del tupé con las pestañas,
quién la sacó sino yo?
PEL. Que atienden mis parroquianas:
LAU. *Dusmant, mon ami.* (Allon.
PAJE (*Sale.*) Señoritas.

LAU. ¿Quién llamaba?
PAJE El marqués de San Simón,
y el señor don Deogracias.
LAU. Dí que entren á la *tohalet*
Allondon, Musiur Pomada. (Vase el Paje.)
PEL. *He bien, tut alor; ma non*
vous amusé pa Madama
con les cortecos.
LAU. Yo haré
lo que me diere la gana. (*Vase.*)
PEL. E yo me andaré, ó vosté
restará si mal peñada
que de mano de sus gatos.
Este Madamusell Laurra (*Aparte.*)
está un poquito coquet; (*Vase.*)
y es tres mes que non me paga.
(Salen el Marqués, figurón decente, y don Deogracias, viudo lánguido, con el Paje.)
MAR. A los pies de usted, señora.
AGU. Muy bien venidos. Alcanza
sillas, muchacho.
PAJE Mandó
la señorita que entraran
al tocador.
VIU. ¡Tocador!
¡cómo me laten las alas
del corazón al oirlo!
AGU. Pues si lo mandó mi hermana,
entren ustedes.
MAR. No es justo
entre dos iguales damas
el desairar á ninguna.
VIU. Mejor será que se parta
la diferencia. Entre usía.
MAR. Yo tengo cuatro palabras
que decir á esta señora.
VIU. Yo catorce.
MAR. Esa es más larga
conversación. Usted puede
volver luego que yo haya
despachado.
VIU. Está muy bien. *(Aparte.)*
¡Tocador! ¡tiembla la barba!
¡Peluquero! ¡y yo delante!
Vaya en descuento de tantas
culpas mías y por las
de mi Pepa que Dios haya. *(Vase.)*
AGU. ¿Qué tiene usted que mandar?
MAR. Tenía que suplicarla
cuatro cosas.
AGU. Mande usted.
MAR. Primera, que alce la cara,
y me mire cuando hablemos,
como es razón y Dios manda.
AGU. ¿Oye con los ojos?
MAR. No,
señora; pero se habla;
y cuando son los asuntos
importantes, vervigracia,
el mío, se conoce en ellos
si complacen ó si enfadan.
AGU. Concedida. La segunda. (*Le mira.*)
MAR. Saber si á usted se le traba
la lengua, ó tiene frenillo.
AGU. ¡La duda es extraordinaria!
MAR. Lo dudo, porque parece
en la tertulia una estatua.
AGU. No sé escupir, y por eso
hablo poco.
MAR. Pues mi instancia
es que entremos por un rato
en conversación tirada.
AGU. Adelante. La tercera.
MAR. Que tenga buena crianza
por un rato, y que delante
de un señor, que aunque no valga
por sí, siquiera por ser
un título de Vizcaya,
que es como decir un ocho
por ciento, y más de ventaja
á un título de Castilla,
se ponga formal, y no haga
labor.
AGU. Perdóneme usía: *(Deja la cal-*
Ya está servido. La cuarta. (*ceta.*)
MAR. Esa es la terrible; y
me daréis mano y palabra
de decir verdad en cuanto
fuéreis por mí preguntada.
AGU. No daré tal; ajustemos
la cosa algo más barata:
la palabra doy, las manos
las tengo tan delicadas,
que en tropezando con otras
me duelen una semana.
MAR. Me conformo. Pero no
toméis en tono de chanza
un asunto para mí
muy grave. Usted, señorita,
no se ponga colorada
antes de oirme.
AGU. Ni después
tampoco; en la confianza
de que no me dirá cosa
que me esté mal escucharla.
MAR. No; pero el secreto encargo.
AGU. No sea usía machaca,
y diga lo que es.
MAR. (*Tímido.*) De modo...
AGU. Adelante: ¿en qué repara?
MAR. (*Resuelto.*) Con perdón de usté,
si está de mí enamorada. (saber
AGU. No, señor: ya podéis ir
á ver peinar á mi hermana.
MAR. Así es como yo os quería;
y os hallo proporcionada
para intercesora con
mi señora doña Laura.
AGU. ¿Para qué?
MAR. Para que mire

benévolamente grata
los gestos matrimoniales
que mi afecto la consagra.

AGU. ¿Yo?

MAR. Sí, señora; por una,
dos, tres, cuatro, cinco causas.

AGU. ¿Y cuáles son?

MAR. El pedirlo
un hombre de bien, que basta;
los intereses que le entran
con el título á la casa;
poneros en proporción
de ser tía; dar á Laura
esta plausible noticia,
y dejar desempeñada
la vocación que tenéis
de gazmoña refinada;
que de un modo ú otro, tarde
ó temprano han de pegarla.

AGU. ¿Está usted loco?

MAR. De amor.

AGU. Vaya usted en horamala.

MAR. No iré

PEL. (*Sale.*) Monsiú le Marquis,
per usía pide madama. (*Vase.*)

MAR. Estoy ocupado.

VIU. (*Sale.*) Amigo,
vaya usía á mudar la guardia
otro rato.

MAR. Yo no entro
hasta dejar evacuada
cierta diligencia.

VIU. ¿Yo?
¡Antes se me quiebren ambas
piernas, que deje las dos
niñas escandalizadas
de mis ojos otra vez,
y mi debilidad caiga
en la próxima ocasión
de tocadores!

LAU. (*Sale con el Peluquero.*) ¡Qué gra-
Señalando al Peluquero.) (cia!
¡me dejan ustedes sola!

PEL. (*A Laura.*) Siñora, que poco falta
para finir.

LAU. Aguardarse:
¿De cuándo acá usted malgasta
coloquios con Aguedita,
Marqués?

MAR. Yo la suplicaba
la dijese á usted...

LAU. ¡Valiente (*Burlándose, y coge al Marqués.*)
moza para confiarla
una comisión! Venid,
me lo diréis cara á cara
en el tocador.

PEL. (*Rascándose con el peine.*) ¿Qué
¿comisión? (cosa?

MAR. Es reservada.

LAU. No importa. Los peluqueros
oyen, ven, peinan y callan.

PEL. Pardone múa.

LAU. Vamos pronto.

PEL. Voyé que monsiú Pomada
tien su buen pelos. Allon:
mé poan de bonet, madama. (*Se van los tres.*)

AGU. Buen viaje. ¿Qué rostro es ese,
mi señor don Deogracias?

VIU. (*Triste.*) La herencia que me que-
de mi Pepa, que Dios haya. (dó
Su catástrofe reciente
me atormenta.

AGU. Encomendadla
á Dios.

VIU. Ya lo hago, aunque malo.

AGU. Por más extremos que haga
vuestro amor, del otro munde
no vendrá á daros las gracias
aquí.

VIU. (*Suspirando.*) Ni Dios lo permita.
¡La quise yo mucho, para
segunda vez exponerme
á semejante desgracia!

AGU. Cuánto dierais por poder
ahora verla viva?

VIU. Nada.
¿me ha dejado ella que dar,
ni á quien pedir dos de plata? (*Suspirando.*)

AGU. ¡No vi luto más completo
que el vuestro de cuerpo y alma!

VIU. Eso sí: aunque yo lo diga,
puedo tener la jactancia
de ser en el día el viudo
más aburrido de España.

AGU. Descansad

VIU. Si yo pudiera,
sólo con vos descansara,
aquí donde sólo puede
ser testigo de mis ansias
aquella leve porción
del sexo, que todos llaman
débil, y es el que destruye
la naturaleza humana.

AGU. ¡Mal estáis con las mujeres!

VIU. Con ellas no, con sus raras
manías, y sobre todo,
con la nueva extravagancia
de que aunque sean hermosas,
dale que han de ser tarascas;
dale que han de ser erizos
en el pelo, aunque sean ranas:
aunque sean asadores,
dale que han de ser campanas;
aunque el rostro sea de cobre,
dale que ha de ser de plata;
y dale que dale.

AGU. Yo
sé alguna que no se adapta
á esas modas.

VIU. Yo también,
y si pudiera mi amarga (*Suspiran-*
memoria apartarse un rato (*do.*)
de mí Pepa, que Dios haya,
y dejar de llorar...
AGU. ¿Qué?
VIU. (*Alegre.*) Me reiría á carcajadas
de gusto, doña Aguedita, (*De rodi-*
y á vuestros pies confesara (*llas.*)
que sois la única excepción,
de esta epidemia.
OFI. *Sale acalorado.*) Qué ganas
traigo de sentarme! Pero (*Se sien-*
aquí hace calor. Madama, (*ta.*)
á los pies de usted. Amigo,
prosiga usted sus instancias. (*Va-*
AGU. ¡Mi capitán! (*se.*)
VIU. Ya que fué
testigo de mi plegaria,
séalo de mi ventura,
que en Madrid será envidiada,
si consigo una mujer
hacendosa, lisa y llana.
AGU. Levantaos
VIU. Por el descanso
de mi Pepa, que Dios haya,
que os doláis de mi tristeza.
PAJE (*Sale.*) Don Jacinto de la Gaza
está...
AGU. ¿Pues por qué no entra? (*Sa-*
le don Jacinto, petimetre serio.)
JAC. (*Aparte á ella.*) «Ya tenemos
(despachada,
»señora, la diligencia
»que sabéis.»
AGU. Os doy mil gracias
por la brevedad, pues soy
no menos interesada.
VIU. ¡Cuánto há que se está peinando
mi señora doña Laura,
y preguntó por usted!
entrad.
AGU. Para deslumbrarla
mejor, entrad.
JAC. Voy allá.
MAR. (*Que sale, á don Jacinto.*)
Si á servir vas á madama
en el tocador, ya es tarde;
yo madrugué más: estaba
en la dulce posesión
de abastecer la manaza
del Peluquero de horquillas,
alfileres, cintas, gasas,
etcétera, y recoger
sobre mi feliz casaca
las tres partes de los polvos
que al aire desperdiciaba,
cuando entró el oficialito,
y tratándome con tanta
franqueza como pudiera
con cualquier cabo de escuadra,
me despojó del empleo;
quise apelar de tan clara
injusticia, y la señora,
después de aplaudir la gracia
del otro, me dijo á mí
que era un bruto si ignoraba
que quien alterne con tropa
en cortejar á una dama,
es todo á lo más que puede
aspirar, á suplefaltas.
JAC. Y ha dicho muy bien.
AGU. Con que,
mi Marqués, ya no habrá nada
de lo dicho.
MAR. Ahora mejor,
pues cuanto más cortejada
mi mujer, brillarán más
los títulos de mi casa.
VIU. Eso es pensar bien, amigo.
JAC. Con todo, yo voy á darla
los buenos días.
PEL. (*Sale.*) Le diable
mamport si aunque me darra
mil piesetes de pansión
je torn á peñer madama
á jamé.
VIU. ¿Qué furia es esa?
JAC. ¿Qué es eso musiur pomada?
PEL. Ell ha sentido su vos,
y dise tanto enfadada
que vous eté un crriminel
JAC. ¿Y por qué?
PEL. Esto no está nada
de mi cuenta. Ando á peñar
seguido tres comediantas. (*Vase.*)
(*Sale doña Laura ya peinada, y el oficial detrás con un lazo.*)
LAU. Déjeme usted, capitán.
OFI. Aguarde usted, que le falta
el lazo del pecho.
LAU. Un lazo
de cáñamo deseara
yo ahora, para apretar
bien al señor la garganta. (*A Ja-*
JAC. ¿Por qué? (*cinto.*)
LAU. ¿Qué hace usté aquí?
¿No sabía que yo estaba
peinándome?
JAC. También supe
que había quién alcanzara
alfileres; y el que alterna
en obsequio de una dama
con la tropa, solo puede
aspirar á suplefaltas.
LAU. En el obsequio es verdad;
pero no en las circunstancias
serias á que ya es preciso
sujetarme.
AGU. ¿Creerás, Laura,
que yo he pensado en lo mismo?
LAU. ¡Qué risa! ¿Y con esa traza

de mujer común, con esa
sosería, y tales ansias
vergonzosas de guardar
el dote entero en el arca
del tutor, y mantenerte
de la labor que trabajas,
quién te ha de querer?

AGU. ¿Y á ti,
que no tienes más que trampas,
después de gastado el dote
de ocho mil duros y alhajas
de valor que nos dejaron
nuestros padres, que Dios haya,
sin habilidad alguna,
amiga de bailes, galas,
y de mudar dos ó tres
cortejos cada semana,
habrá quién te quiera?

MAR. Yo;
porque aunque veo en madama
la perdición de mi estado
y sucesión inmediata,
tiene aquello que yo busco
para que vuele mi fama,
al decir la marquesita
de San Simón es muchacha
de garbo, tiene gran gusto
en todo.

LAU. ¡Cómo se enjuaga
usted con su vanagloria!
Pues no tiene que tragarla
que no recae en usted
mi elección.

AGU. (*Con ironía.*) Por Dios, hermana,
que me dejes algo á mí.

LAU. (*Burlándose.*) El Viudo, que no
y mató á doña Josefa (me agrada,
á pesares, por no darla
todo lo que ella quería.

VIU. Es verdad, aunque la daba
para alfileres y otras
cosas que desperdiciara,
treinta doblones al mes,
siendo quince mi mesada.

LAU. ¡No es mal muchacho!

AGU. Veremos.
¿No hay otro?

LAU. Si se casaran
los oficiales, también
te le diera, que me agrada
para cuñado.

AGU. Lo estimo.

OFI. ¿Quién dice que no se casan
los oficiales? ¿En quiénes
habrá que mejor recaiga
una mujer con buen dote,
virtuosa y aplicada? (ted, que yo

VIU. (*Apartándole.*) Pues búsquela us-
hice antes mis caravanas
en su obsequio.

OFI. (*En medio.*) Y yo le llevo
de antigüedad en la casa
un año.

LAU. No sirven fechas
antiguas cuando se trata
de elecciones sobre el gusto.
¿Señor don Jacinto, vaya,
qué dice usted?

JAC. Que es tan cierto,
que dejará terminada
nuestra cuestión una fecha
de hoy mismo, en que nos acaba
de dar el señor vicario
la licencia acostumbrada
de desposarnos á mí (*Con gracia.*)
y á vuestra señora hermana.

LAU. (*Sorprendida.*) ¿Cómo?

AGU. Como las demás
que en tales casos despachan.
Si tienes curiosidad,
te la enseñaremos para
cuando halles novio, si ahora
contigo el Marqués no carga.

MAR. ¡Y cómo que cargaré!
venga usté á ser de mi patria
el asombro; venga á ser
el modelo de Vizcaya,
que en esta corte bastantes
dejamos para arruinarla.

LAU. ¡Ah sosa!

AGU. Casualidades,
que vienen así rodadas.

LAU Señor don Jacinto, ¡ah!

JAC. Yo como incapaz de tantas
venturas...

MAR. El se lo pierde,
el tonto. Marquesa calla;
y haz que prevengan las mesas,
mientras mi lacayo marcha
á la fonda, y carga con
los mozos y cuanto haya,

LAU. Sí, sí, Marqués; y porque
se desengañe mi hermana
de que en viviendo una alegre
lo demás es patarata,
voy á cantar con el Paje
luego una nueva tonada.

VIU. Yo al fin me quedé aburrido.

OFI. Yo alegre como una pascua,
pues quedo soltero y hábil
para cortejar á entrambas,
si me quieren, y si no
á otras por ahí, que no faltan
en Madrid para albergar
á un oficial, buenas almas.

LAU. ¿Marqués?...

MAR. Ven á coronarme,
Marquesita, con tus gracias.

AGU. (*A Jacinto.*) ¿Y vos?

JAC. Con vuestras virtudes,
que son la mejor guirnalda.

FIN

PRESERVATION REVIEW

4/05

3 0112 072372607